

- *Las puertas de lo posible*. Madrid: Alfaguara, 2008.
 ROSA, Isaac. *El país del miedo*. Barcelona: Seix Barral, 2009.
 RYAN, M-L. *La narración como realidad virtual. La inmersión y la interactividad en la literatura y en los medios electrónicos*. Barcelona: Paidós, 2004.
 SIERRA, Germán. *Efectos secundarios*. Madrid: Debate, 2000.
 VILAS, Manuel. *España*. Barcelona: DVD, 2008.

ESPACIO Y MEMORIA EN *TIERRA MAL BAUTIZADA*, DE JESÚS TORBADO

Asunción Castro
Universidad de Castilla-La Mancha

Tierra mal bautizada (1968)¹ relata el viaje que Jesús Torbado hizo a finales del verano de 1966 por Tierra de Campos en un exhaustivo recorrido por los innumerables pueblos tanto del interior como de la periferia, y a lo largo de las provincias de León, Zamora, Valladolid y Palencia en que se reparte esta comarca geográfica natural. Jesús Torbado, que había pasado su infancia en San Pedro de Dueñas, en la parte leonesa de Campos, regresaba tras años de ausencia a su tierra para describirla desde la perspectiva ya del escritor adulto. El interés que me guía ahora no está solamente en la materia espacial en sí misma (algo que podemos encontrar en las guías, en los tratados geográficos e históricos), sino en la personal configuración literaria que el autor hizo de su recorrido por la zona de Campos.

Esto me lleva a una primera y necesaria consideración sobre el género del relato de viajes, tradicionalmente asociado a los géneros históricos o documentales, pero actualmente vinculado definitivamente con la invención literaria. En el libro de viajes, es cierto que interesa el espacio, la geografía concreta, los lugares recorridos, las costumbres de unas gentes, pero todo ello queda subsumido en una estructura mayor: el relato del viaje, y esa sí es una estructura ficcional en la que el autor ha integrado la realidad espacial en su complejo imaginario, combinada con sus vivencias particulares. De modo que el relato del viaje no es el registro fiel sin más de la realidad externa, por más objetivo que quiera ser. El autor, en la escritura, confiere un sentido a la experiencia del viaje y eso

¹ El libro apareció por primera vez en la editorial Seix Barral, Barcelona, 1968. Del interés por la obra da fe la espaciada pero ininterrumpida serie de reediciones que ha tenido hasta la actualidad: Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1977; Emiliano Escolar editor, Madrid, 1981; y Ámbito, Valladolid, 1990, que ha seguido reeditando la obra al menos en seis ocasiones. Cito por esta última edición.

diferencia al libro de viajes de la guía, del registro puramente documental, y afirma la condición literaria del género.

En principio, *Tierra mal bautizada* se ajusta a la factura clásica del género; es el relato de un viaje real, donde el narrador es el propio viajero, y donde el tema y la estructura vienen determinados por un recorrido espacial concreto, en este caso por la Tierra de Campos. El relato del viaje asume las anécdotas del recorrido, incorpora diálogos con personas reales, deja abundante espacio para las descripciones que recrean espléndidamente el paisaje y se complementa con abundante documentación de índole sobre todo histórica, pero también antropológica, artística o geográfica. Pero además, en este libro hay una implicación fundamental de la memoria personal, y esto confiere a *Tierra mal bautizada* una particularidad esencial. Porque lo que recorre el viajero no es una geografía desconocida con ánimo de descubrirla y dejar testimonio de su experiencia, sin más. Lo que recorre es un lugar familiar para él, el territorio donde vivió su infancia, los caminos ya conocidos, las costumbres, gentes y paisajes recordados. De modo que en el libro del viaje se encuentran y confrontan el espacio presente del recorrido, con el espacio de la memoria de la infancia. Necesariamente el relato del viaje se carga de subjetividad. El viaje se interioriza; sobre el relato del recorrido efectivo se sobrepone otro viaje por la memoria personal del escritor y también, como veremos, por la memoria histórica. De modo que importa, sí, la geografía recorrida, pero interesa, sobre todo, cómo ésta es interpretada por el viajero-autor.

Predomina en el libro un marcado tono crítico y no pocas veces dolorido que opera desde el mismo título —*Tierra mal bautizada*— orientando al lector hacia una lectura subjetiva. Tierra de Campos no es lo que su nombre sugiere, sino un lugar seco y pobre y deshabitado y con escasas perspectivas de futuro para sus habitantes, donde los vestigios de un pasado heroico yacen desvencijados por el paso del tiempo, inútiles y olvidados para los habitantes de un presente siempre igual. Dos motivos recurrentes se alían a lo largo del libro para significar la denuncia: la miseria y el contraste entre el pasado histórico glorioso y el presente arruinado.

La intención manifiesta en el título se continúa expresamente apenas el lector pasa una hoja y posa la mirada en las citas preliminares que anoto a continuación:

*Se planta un árbol, y se seca;
abris una fuente, y se agota;
cuidáis un pájaro y se muere.*
J. G. Garrido

Y este otro conocido fragmento de Antonio Machado:

...por donde cruza errante la sombra de Caín.

Aun antes de comenzar el relato del viaje propiamente dicho, el lector se topa con un «Prólogo sentimental», como el mismo autor lo define, escrito apenas concluido el viaje, y que le orienta inequívocamente en el sentido y la intención con que el libro ha sido escrito y, por tanto, debe ser interpretado. Comienza este prólogo con una larguísima cita tomada del libro de Don Julio Senador Gómez, *Castilla en escombros* (1915), donde este ilustre notario que fue de Frómista, entre exabruptos y expresiones airadas, se queja de la incuria en que los «políticastros de un régimen podrido» y los periodistas y literatos tienen a un pueblo antaño glorioso que «hoy, desquiciado y vencido, se pudre al sol como un cadáver insepulto» (*Tierra...* 18). A esta cita, con cuya intención Torbado se identifica al aplicarla a Tierra de Campos, se irán sumando a lo largo del libro otras referencias de voces críticas y eruditas que vienen a afirmar una y otra vez lo que el viajero va a constatar en su recorrido: el abandono secular de una tierra árida y progresivamente despoblada que languidece entre recurrentes promesas y planes de desarrollo y regadío que nunca se llevan a la práctica.

Pero el autor no se limita a la crítica más o menos erudita y documentada en fuentes bibliográficas. También se duele con su tierra y en el mismo prólogo, con un tono emotivo, casi rabiosamente dolorido, justifica la obra y ofrece sus claves en su declarada pertenencia a la tierra recorrida: «El viajero que uno es no fue a Tierra de Campos como turista a su patria, sino como emigrante arrepentido» (20). Y más aún, ofrece al lector una confesión personalísima no exenta de rabia:

Antes de que los pueblos quedaran totalmente vacíos, antes de que se calcinaran sus huesos roídos de cadáver insepulto, o antes de que las aguas que allí prometieron llevar arrastraran *tantas cosas que uno vivió durante los amargos días de la niñez*, cuando desayunaba sopas de ajo y pimentón y se

lanzaba al campo en busca de perdices, de espigas abandonadas, de mendrugos, de leña para el fuego y de tiempo inútil que era preciso matar, *uno ha vuelto con la mayor pureza y el más grande amor* (19; la cursiva, en esta cita y en las siguientes, es mía).

Por lo tanto, el prólogo está orientando desde el principio el sentido del recorrido. De un lado hacia la crítica y la denuncia. De otro, hacia el reencuentro con la memoria personal. Cuando el lector comienza a leer el relato propiamente dicho del viaje, ya conoce las claves fundamentales para su correcta interpretación.

La relación del viaje aparece continuamente salpicada por los breves diálogos a que dan lugar los encuentros del camino, por retazos del recuerdo, o por magníficas descripciones mediante las que el autor vuelve a fijar los paisajes que formaron parte de su infancia. Reiterativa es la monotonía del paisaje árido, el repetido gesto en los pueblos —escasos en turistas— de visitar el castillo o la iglesia a menudo abandonados a la desidia, espléndidas joyas artísticas expoliadas por el abandono y la despoblación, y recuerdo polvoriento del forjarse de la historia de España.

De la repetición de unos mismos motivos a lo largo del camino, surge como discurso crítico vertebrador fundamental del relato la continua confrontación entre el pasado heroico y el presente arruinado, la constatación de que la Historia es un lastre para el desarrollo industrial del presente de Campos. Esta tierra, que cuenta entre sus hijos a Jorge Manrique, a los pintores Berruguete, a tantos prohombres ilustres —guerreros, nobles, arzobispos—, la tierra donde se escribieron las páginas fundamentales de la historia de España, es hoy solo un montón de barro seco, cuna de campesinos pobres y desconfiados, escépticos, de parco hablar, y resignados con su suerte. Por doquier se multiplican las imágenes del deterioro: monasterios convertidos en gallineros, iglesias arrumbadas que sirven de refugio de palomas, tapias caídas, pueblos con la población mermada que viven al margen del progreso y la industria, calles con «olor a boñiga y cagajón», y todo del mismo color de la tierra con la que se levantan las casas de adobe. Abundan las valoraciones críticas y las descripciones desmitificadoras. Los pueblos mejor considerados de la comarca no merecen más elogio que Melgar, del que se dice: «es sólo un montón de barro trabajosamente levantado sobre otro barro» (36). Mayorga «tiene mucha historia encima de su espalda encor-

vada y gris [...] pegada a sus huesos secos» (42). «Belver de los Montes es grande y destartado como corresponde a uno de los más famosos despojos de la historia» (72). En cambio, de Villanueva del Campo se dice que «la falta de historia ha proporcionado al pueblo una especie de civilización moderna» (54). Como «un montón de miseria histórica» (52) califica el viajero a las ruinas ya irreconocibles de algo que pudo ser iglesia o castillo, en una tierra donde lo que hace falta es regadío, planes de desarrollo y dinero para limpiar de ruinas las calles y sacar a Campos del olvido en que lo ha dejado tanta Historia. En algunos fragmentos la queja y la denuncia se hacen más explícitas:

La historia, el honor del Condestable, la victoria de Almanzor, el amor popular a la Virgen están enterrados por los bares sin retretes, las calles con olor a excrementos y las sillas de las comadres que tejen sus trapos al sol (80).

Tapias derruidas, callejuelas, corrales, montículos como espasmos de tierra, excrementos de ovejas y de personas, cardos secos: todo este paisaje desolador habitual de los pueblos terracampinos, hollados por ínclitos guerreros, sabios obispos, gentes gloriosas, etc. (120).

Y siempre ese Dios al que fueron levantadas por los campesinos iglesias como catedrales y castillos de piedra para defenderlos, mientras ellos viven en casas de barro defendidos sólo por la misma tierra de que están formados (73).

Aquí todo lo hizo el pueblo y todo fue deshecho por los siglos (101).

Una historia que, como dice el viajero, «sólo habla de guerras, sangres, ruinas y traiciones. Y si acaso menciona un dulce hecho amoroso, lo envuelve enseguida con trágicas noticias invernales y bélicas» (93). La desmitificación alcanza a la propia literatura, inútil en el sardónico discurso que el viajero lanza desde las ruinas de uno de tantos castillos:

Antes de dormirte yo, al pie del muro de barro, tumbado cara al cielo, quiero hablar con alguien, echar un discurso desde estos gloriosos vestigios, para descansar tranquilo, para verter un poco de puerca literatura sobre estos campos que sólo eso supieron conseguir de los hombres (73).

El tono es inequívocamente heredero del 98 —salvando las distancias, claro está—, cuyos autores tiene Jesús Torbado muy presentes. De modo

que, al frente de todas estas páginas, podrían muy bien figurar aquellos versos de Antonio Machado que Torbado también cita: «Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora». El tono noventayochista preside todas las reflexiones. Los juicios se refieren siempre a Tierra de Campos, pero a veces se extrapolan al conjunto de Castilla: «Ella [Castilla], de todas maneras, ancha o estrecha, estaba de antemano condenada a vivir y a morir encerrada sobre sí misma, defendida por castillos en ruina y alcores de poco más de ochocientos metros de altura...» (90).

Este discurso crítico se va articulando a lo largo de todo el viaje mediante distintos procedimientos. Los juicios y las valoraciones surgen constantemente, como en los fragmentos antes citados, al hilo de lo visto y oído en el camino. Pero además, al relato del viaje se suman otras secuencias denominadas «Pasos», que se reparten intercaladas entre las leguas del camino interrumpiendo provisionalmente el relato. En estos «Pasos» incluye el autor reflexiones personales, junto con estadísticas, datos históricos, geográficos o antropológicos convenientemente documentados que aparecen redactados en forma de ensayo crítico y subjetivo y que apuntalan y confirman cuanto el viajero ha relatado en su observar a lo largo del camino.

Pero no sólo los pasajes redactados en forma de ensayo crítico o los juicios valorativos expresados a lo largo del camino se bastan para sustentar la denuncia dolorida de la tierra. También en los fragmentos que podríamos considerar como más estrictamente literarios se plasma abiertamente la intención del autor. Me refiero fundamentalmente a las descripciones, abundantísimas en *Tierra mal bautizada*, como el propio escritor justifica en uno de los «Pasos»:

Las descripciones paisajísticas han pasado mucho de moda a partir del primer tercio de nuestro siglo. Parece ser en nuestros días un pecado que no se perdona al escritor. Un libro de viajes, sin embargo, como documento serio y no como un simple ejercicio de estilo, debe forzosamente retratar con fidelidad la región recorrida (142).

Efectivamente, la descripción parece imprescindible en la construcción del espacio, motivo ineludible en el género de viajes. Con un lenguaje preciso y muy rico en matices, Torbado va dibujando en pinceladas

rápidas y sintéticas el paisaje terracampino. Las páginas se llenan de descripciones, en anotaciones sueltas o en sintaxis prolongada que fija largamente la mirada. Heredero del gran paisajista que fue Baroja, Torbado interrumpe constantemente el relato del viaje, atento a la sensación, para dibujar el espacio que lo rodea con mirada de pintor impresionista. Dibuja el espacio y la impresión suscitada:

El río, a la derecha, hace un sesgo hacia el páramo, antes de meterse en el pueblo. Sobre las colinas de la izquierda, como una marquesina de sangre llegan los rayos del sol a estrellarse un poco más allá del río, iluminando las puntas de los chopos. Junto a la carretera crecen yerbas amarillas, cardos pálidos y espinos repletos de majoleto y tapaculos aún sin madurar. El viento de la mañana va templándose poco a poco, al mismo tiempo que la atmósfera pierde su diafanidad intensa y se llena de luz. Ha desaparecido el vaho producido por la evaporación del rocío. El suelo comienza a brillar por sí mismo, como un foco pálido, inmenso. La carretera tiene baches y dos franjas de polvo que la separan de las cunetas llenas de vegetación agostada (30).

La función de las descripciones es, evidentemente, y en primer lugar, la construcción del espacio. Pero también la expresión de la sensibilidad y, sobre todo, en *Tierra mal bautizada*, esto se relaciona con la intención dolorida y crítica del escritor. El paisaje se subjetiviza en la expresión del contemplador. La adjetivación sensorial se mezcla con otra de carácter valorativo que se carga mayoritariamente de connotaciones negativas relativas a lo seco, árido, decrepito. Los textos operan por acumulación de adjetivos, imágenes, asociaciones léxicas que inciden en lo mismo, de modo que sobre el lector se va imponiendo la desalentadora imagen de un espacio gris, polvoriento, monótono, de tierra sin apenas matices, tierra al fin de pobreza y miseria.

De modo que las descripciones enseguida dejan de ser sólo objetivas, o sólo sensoriales, para incorporarse al discurso crítico que quiere ser denuncia del deterioro y ruina de Campos. El autor se sirve de distintos recursos para enfatizar esta idea repetida.

Abundan los adjetivos, casi siempre sucesivos en series duales, ternarias, etc., que inciden en el mismo sentido: «paisaje *monótono, astral, vacío y magnífico*» (33); «un pueblo *apagado, triste, recogido sobre sí mismo, polvoriento*, cuya riqueza es un poco de trigo y algunos litros de vino *ácido y débil*» (36); «San Esteban tiene una *torre hueca y lamenta-*

ble, bandera de su miseria y decaimiento» (65); «[...] desolador paisaje pelado, blanco y liso como una noche sin sueños» (155).

Abundan las series acumulativas ternarias que matizan y prolongan el sentido de la frase: «[...] la iglesia hecha una miseria de *muros caídos, bóvedas hundidas, ventanales rasgados*» (79); «Las casas parecen cubrirse de seculares polvos para ocultar *sus tristezas, sus nostalgias y sus glorias*» (222).

Las series se alían también con reiteraciones léxicas, en secuencias paralelísticas, o en cadenas anafóricas gradativas que acentúan la sensación de hundimiento fatal que se impone sobre el lector: «Villacraces parece *más dormido, más triste* que Grajal. El Valderaduey es un río de Campos *más lento, más pobre, más criminal* que el Cea» (29); «En Galleguillos *ha envejecido* todo menos una cosa. *Han envejecido* las tapias que rodean huertos y corrales, *ha envejecido* la torre de ladrillo, el polvo de las calles y la corteza de los pocos frutales con vida» (31); «La tierra es tierra, una masa irregularmente extendida hasta el infinito, *gris, gris, gris...* Alguna sombra, *algún trozo más blanco, algún trozo más negro. Un gris amarillento, quemado, pálido*» (32).

A menudo, esta insistente idea de desolación aparece directamente asociada con la muerte en adjetivos e imágenes alusivas: «Alargado y blanco en medio de cuevas con puerta y jambas por única fachada, en medio de una pequeña *desolación ocre y muerta*» (31); «*tierra como un gran arcoiris muerto*» (32); «El paisaje que se abre desde allí es *desolador*. [...] Una *monotonía de cadáver habitual, un vacío blanco y pardo*, donde, sin embargo, la carretera continúa, su *lengua negra* cruzando campos y campos, donde viven mujeres vestidas también de *negro*, para ayudar a los ojos, donde viven hombres lentos y de parco hablar, porque el silencio es sagrado, porque su reino *es reino de silencio, de desolación y ruinas*» (52); «[...] van cayendo las *sombras lentas y pesadas como los párpados de un muerto*» (168); «[...] la catedral solitaria [...] es un *cadáver podrido y hermoso*» (189). Una asociación con la muerte que tendrá su colofón en la sentencia con la que se cierra el libro: «Porque es tierra para morir. Sólo para eso» (260).

Todos estos fragmentos citados son una pequeña muestra de la subjetividad autorial que impregna todas las páginas del libro. El viajero, a la vez que recorre la geografía de Campos interpreta, enjuicia, impone su visión al lector. El resultado es un largo y dolorido lamento por Campos. Inspi-

rado por las *Coplas a la muerte de su padre*, de Jorge Manrique, entona el viajero un dolorido *Ubi sunt* («Qué se hicieron de las glorias de antaño»).

Esta manifiesta subjetividad, sin embargo, no se traduce apenas en presencia autobiográfica del viajero, más allá de la imprescindible para guiar el relato. Éste prefiere contener su proyección anecdótica personal supeditada a la narración del camino, y así aparecen tan sólo algunas pinceladas, retazos de charlas por las que nos enteramos de que el viajero es hijo de don Cecilio, el maestro de Galleguillos, que pasó una infancia dura en San Pedro, pero hace tiempo que huyó de estas tierras, que acaba de terminar en el cuartel y que escribe en los periódicos y es también autor de obra literaria.

Pero el recuerdo, aliado con la contemplación del presente de Tierra de Campos sí conduce en muy puntuales ocasiones a la confesión, o a la queja dolorida y airada, y entonces el escritor se desahoga sin concesiones sentimentales. La visión de unos niños laboriosos le devuelve el recuerdo de su infancia donde el asomo de la nostalgia rápidamente cede a la conciencia crítica:

Todos estos recuerdos estúpidos, esta memoria miserable que refleja nítidamente aquellas madrugadas transparentes, asaltará más tarde a los niños de ahora. Porque los tiempos no cambian en Campos. Caen algunos castillos, se arrugan más las iglesias, pero la tierra seguirá siendo la tierra y los hombres sus esclavos. No se trata, en fin de marginales filosofías, sino de niños que recogen espigas de cebada en el campo, a las siete de la mañana de un día de agosto (119).

Esta presencia explícitamente autobiográfica que muestra retazos de sus vivencias particulares, sin duda aporta al relato veracidad, lo saca del documento y lo transforma en experiencia vivida. La justificación del libro, desde el prólogo, y a lo largo de todas sus páginas, está en el resultado conjunto de lo visto, leído y vivido por el viajero, ante lo que no cabe otra postura que la crítica. En uno de los «Pasos» ridiculiza el autor a quienes se han asomado desde afuera para trazar estampas pintorescas y edulcoradas: «Solamente los poetas a sueldo han fabricado hermosas metáforas sobre un país que no acepta ninguna» (106). Por contra, asume las voces críticas y doloridas, a las que se suma, rechazando «que nos califiquen de plañideros y resentidos estúpidos» (106), porque ellos sí son de la tierra, habitantes de Campos que saben de qué hablan, que viven desde adentro la tierra y con ella la lloran.

En consecuencia de todo lo visto, el relato del viaje no importa sólo en cuanto al recuento del camino recorrido, sino también como experiencia personal del viajero. A lo largo del recorrido éste va creciendo como personaje, buscando respuestas personales más o menos conscientes que subyacen a la motivación de este recorrido que lo reencuentra con su memoria de la infancia y el dolor por su tierra. Es significativo el hecho de que, cuanto más alejado está físicamente de los pueblos y gentes conocidas, más abunda la documentación histórica y menos las confesiones doloridas. Se mantiene siempre, eso sí, el tono crítico, la denuncia y la confrontación entre pasado y presente. En cambio, a medida que se acerca al final de su viaje circular, para regresar a su casa, el camino le empieza a pesar cada vez más. La prisa con que recorre la última legua se justifica, no en razones del propio camino, sino en lo «doloroso» que se le está haciendo el viaje:

Mañana he de andar el último camino; mañana llegaré al punto de partida, del que puedo arrancar nuevamente, recomenzar el camino, girar y girar como un vencejo hambriento sobre esta tierra demasiado plana, demasiado seca, demasiado vacía, demasiado gloriosa, esos cuatro mil kilómetros cuadrados de sufrimiento. Mañana andaré muy deprisa los cincuenta kilómetros que me faltan, o quizá mañana y pasado, sin detenerme demasiado en iglesias y caminos, que el viaje me va doliendo en las rodillas y más adentro, en ese sombrío lugar que los poetas llaman corazón (233).

Al final del recorrido este caminante, que ha emprendido el viaje quizá porque aún guardaba una deuda con la tierra que determinó nos dice: «los amargos días de la niñez», parece encontrar su respuesta. Así se deduce de la huida apresurada «sin haber descansado, sin querer pensar ni ver más» (260), rumbo a Madrid y de la sentencia inapelable que cierra el libro: «Porque es una tierra para morir. Sólo para eso».

BIBLIOGRAFÍA

- CARRIZO RUEDA, Sofía. *Poética del libro de viajes*. Kassel: Reichenberger, 1997.
 RUBIO, María. «Articulación del componente ficcional en el libro de viajes contemporáneo». Julio Peñate Rivero y Francisco Uzcanga Meinecke (eds.). *El viaje en la literatura hispánica: de Juan Valera a Sergio Pitlor*. Madrid: Verbum, 2008: 31-45.

- TORBADO, Jesús. *Tierra mal bautizada*. Barcelona: Seix Barral, 1968.
 — *Tierra mal bautizada*. Madrid: Círculo de Amigos de la Historia, 1977.
 — *Tierra mal bautizada*. Madrid: Emiliano Escolar editor, 1981.
 — *Tierra mal bautizada*. Valladolid: Ámbito, 1990.